

Nos movemos por la vida, en el día a día, con un ritmo vertiginoso sin apenas ser conscientes del transcurrir de las horas y los días, hasta que llegamos a la sesión del taller de escritura y se detiene el tiempo...

SIN DESPERTADOR

Luis Miguel Palero

Quisiera levantarme sin despertador. Lo que me ha pasado esta mañana ha sido surrealista. Anoche como cada año (y eso que yo pensaba que los europeístas lo habían quitado), cambió la hora y entregado a Morfeo, lo desconocía. La luz en mitad de la noche debió ir alterando todos los aparatos de la casa y como antaño, mi progenitora no custodia o sí, que estaba dándose unas espantosas mechas primaverales, me ha llamado al móvil. Llegaba tarde pero previsor, ya dejé todo por la noche preparado. Al irme a poner el cinturón, este ha explotado, pero echando mano de una cuerda que he encontrado en el cajón de los cubiertos, he solucionado el asunto. Compungido, he bajado al portal y me he topado con tres ovejas. Aunque lo he intentado, no he podido evitar el contacto de mis zapatos con aquellas bolas negras. No entiendo qué hacen esos animales un domingo en mi portal. Corriendo he ido al coche, el depósito estaba vacío y un camión de butano en mitad de la calle me impedía salir. He echado a correr en busca de un taxi y resulta que había una manifestación de la trashumancia con cabras, ovejas y vacas. He visto a este señor en un tractor amarillo como el de la canción, le he contado mi situación y con un megáfono abriendo camino, me ha traído amablemente hasta aquí. Por cierto, se llama Javi. Ya sé que la costumbre es que esperase yo y no tú, pero sí, sí quiero casarme contigo y levantarme sin despertador a tu lado todos los días de mi vida.

TRINCHERA

Julia Martín

Anochece. El sargento Faustino Muñoz deja de ver los ojos de sus hombres comidos por las moscas. Todos están muertos.

Se quita de encima el cadáver del soldado Alonso. Ha permaneciendo debajo de él, haciéndose el muerto, para evitar el tiro de gracia de los fascistas italianos.

Se pone de pie y escudriña el exterior. A su espalda, el campamento enemigo. Enfrente, tras unos chopos, el río. Seguirá su cauce hasta alcanzar la zona republicana.

El sargento se viste con un uniforme robado a un capitán italiano semanas antes.

Sale de la zanja y se tira al suelo. Avanza reptando. Llega a la orilla del río y, horrorizado, se da de bruces con dos soldados. Son muy jóvenes y se están besando.

—*¡Mio capitano!* —Se cuadran ante él.

—*Buonanotte... ¡Continuare!* —Acierta a chapurrear mientras se aleja despacio. Minutos después empieza a correr con toda su alma. Se ríe como un loco, al recordar que les ha pedido que “continuaran besándose”.

EL TELÉFONO

Isabel Barrachina

Juan siempre fue un niño diferente y él lo sabía. Sobrevivir en los suburbios, sin padres y con dos hermanos más pequeños le había dado un toque y una experiencia que, como él decía, no se aprendía en ninguna universidad. Por eso tenía que ganarse la vida, como podía o como sabía....

Así que el sábado, se dio un paseo por el Barrio del Pilar, que, tras dos semanas de fiestas, estaba aletargado. Desde lejos, se fijó en él, ese modelo ya lo conocía, estaba muy cotizado incluso hacía un par de meses le habían contactado, los de siempre, para ofrecerle un buen pellizco si se hacía con él.

Miró hacia atrás, a la derecha, a la izquierda... no había problema, esa calle parecía un desierto, hasta que de repente un sonido llegó desde arriba. Un sonido constante, que insistentemente iba penetrando en su cerebro, un teléfono que no dejaba de atronar... ring, ring, le estallaba la cabeza... tenía que salir de allí... ¡ahora! no podía esperar más.



Forzó la cerradura y rápidamente se subió al coche. Sacó su tableta, tecleó unos códigos, añadió unos logaritmos e inmediatamente el motor se puso en marcha. Metió la marcha, pisó el acelerador y salió disparado mientras el sonido de ese teléfono seguía sonando, retumbándole la cabeza y recordándole el día que sus padres se quedaron postrados en su cama, drogados, colgados mientras sonaba una y otra vez el teléfono de su habitación y él intentaba cambiar el pañal de Laura, mientras Toño no dejaba de llorar buscando un chupete que se había perdido entre el embrollo de mantas de la cuna.

Ya estaba en la Avenida de la Ilustración, rumbo M30-Sur, pasando vertiginosamente de un carril a otro, sabía que no debía llamar la atención, pero su cabeza, tan fría, esta vez había perdido la serenidad. Oyó un sonido que llegaba desde lejos, por fin, conseguía sacarse ese maldito teléfono, sería una ambulancia, estos días no dejaban de ir y venir, miró hacia abajo, una tía buena, conducía un Ibiza, le sonreía y él le guiñó el ojo; quizá podrían quedar un poco más allá, sería la hostia, encima ligarse hoy una buenorra. Iba pensando en la habitación con jacuzzi y como iba a intentar atraerla, cuando delante de sus narices se dio cuenta de que un coche de la guardia civil encendía las luces y unas flechas le pedían parar a la derecha....

Y en un instante el jacuzzi se desvaneció y pisó el acelerador a tope, porque Laura necesitaba pagar la matrícula de la universidad.



ESTE MUNDO LOCO

Sara Castellanos

Salí corriendo y corrí y corrí sin mirar atrás. Necesitaba huir y no volver. No aguantaba más aquella vida, aquel sitio, aquella rutina absurda. Todos parecían ser felices en aquella rueda de hámster, pero yo tenía que escapar por entre los barrotes de aquella jaula de oro. Siempre me sentí diferente a los demás y no podía seguir rodando y rodando en un día tras otro, en los que nada tenía sentido. No sabía cuál sería mi destino, pues corría hacia un abismo de incertidumbre. Solo decidí seguir hacia adelante sin mirar atrás. Perdí la estabilidad, fui una incomprendida, pero ni un solo día me arrepentí de aquella decisión.

Aún continúo encontrando mi camino, paso tras paso, abriendo nuevas ventanas. No he descubierto del todo lo que quiero, pero al menos he comenzado mi andadura. Valiente, doy pasos cada día, rompiendo esquemas y siendo un poquito más yo y menos autómeta. Nunca encajé en aquel mundo estresado y muchos quedaron atrás en él.

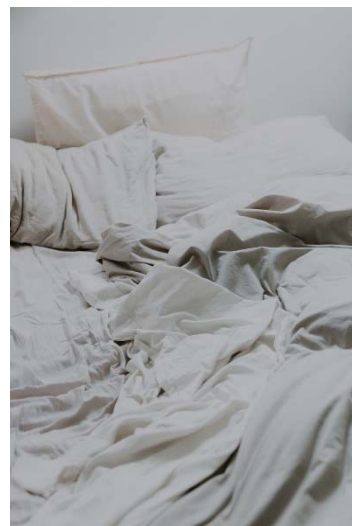
LA CAMA KING-SIZE

Isabel Barrachina Montiel

Hacía un año que dormía sola en esa cama, una *king-size*, ya que habían pensado que así no se molestarían porque ella se movía mucho y él roncaba una noche sí y otra también.

Y ahora, en esta fría noche de otoño, mientras llegaban desde la calle los gritos amplificadas de esos niños excitados por el miedo, el azúcar y la competición de quien llenaba más su cesta de plástico anaranjada, ella buscaba en su recuerdo su cara, su sonrisa vacilona y la mirada de sus penetrantes ojos que la calmaban o incitaban, dependía del momento.

Y buscando esos ojos, agarró el pesado vaso de agua y se tomó las pastillas, porque ya hacía tiempo que su sonrisa se había desdibujado y la cama *king-size* era demasiado grande para ella.



YO Y ELLA

Feelin

Lenta. Líquida. Liquidadora. Retumba en mi cabeza, me pesa en las manos, la siento en mi pecho, en mi vientre. Me inmoviliza y me agita en partes iguales. Es implacable. Me va a devorar viva. Soy su esclava y su propulsora. Sin mí ella no existiría. No se tendría en pie. No podría hacerme esto. Pero sí lo hace. Porque yo la enciendo, yo la alimento y la mantengo...

¿Quién es ella?

La espera.

HILOS VERDES, HILOS AZULES, HILOS DE ESTRELLAS

Albertina Oria de Rueda

Una habitación propia, a nivel de calle, a uno de los costados de la entrada al chalet, con un gran ventanal. Diríase que es una alfombra de Qom de lana cortada del cuello de un cordero e hilos de seda delgados. La urdimbre es también de seda natural y lana, su envés suave y delicado. Huele a jengibre, canela y cúrcuma. O será a mi aroma corporal.

Aparenta una pintura oriental. Una orla central de letras en persa con un joven tocado con turbante, barba y un tambor *daf* con finas perlas. En los cuatro extremos escenas de la vida cotidiana en lugares y tiempos remotos. Trenzada en colores exquisitos, verde esmeralda, azul turquesa y aguamarina y rosa de la pulpa de la fruta de la pasión. Siento como me besa los pies descalzos.

Es el centro de mi universo, donde me tumbo para despojarme de la opresión tremenda de la vida que se va cavando sin prestar atención. La compré en el gran bazar de Estambul mientras los muecines llamaban al *adhan* desde cualquier minarete. En ocasiones, el joven se eleva ante mis ojos y me canta al oído *alaju akbar*, mientras acaricia la piel de cabra del tambor, en vez de la mía. De fondo las paredes desnudas en blanco.

La cadera en retroversión, la mirada altiva al frente, brazos en alto, las manos confrontadas saludan agitándose como pequeños gusanos. Casi en pelotas, en braga y sujetador negros de algodón ecológico y unas hojas de marihuana en rojo. La cortina está retirada a un lado para que los tibios rayos de sol me envuelvan con su energía. Llega el aire cálido, benigno, por algún resquicio del ventanal y me roza los hombros desnudos.

Otra vez esa persona que siento cómo me mira, pez quieto de grandes ojos. Concluyo los ejercicios de extensión.

La luz se atenúa con el crepúsculo, las sombras invaden la pequeña habitación sofocando los colores de la alfombra. El del tambor me mira fijamente como antes el vecino. La lámpara de cristales de colores, estilo Tiffany, se hace presente como único objeto sobre la mesa de madera natural de cerezo.

Pongo un cojín sobre el lateral de la alfombra, por no ahogar al joven. Sentada, alineo mi eje y tomo el libro en las manos atril mientras velo el sueño liviano e impaciente de la tentación de la calma Veronika, en el relato de Musil. “En ese instante como algo gigantesco, ella vio la punta de la barba de Demeter ante la lívida superficie de una ventana”

Y eso pudiera suceder.

Una sombra de cara se perfila tras el cristal y apachurra su nariz para entrever la habitación ajena. Da con los nudillos en el cristal.

—Cari, me das una cebolla. Necesito llorar mi soledad. —Y dejo pasar al vecino seco de lágrimas.

Nos tumbamos los tres en la alfombra; en el centro, el joven oriental.

En el techo resplandece la constelación Taurus, es el mejor momento para disfrutar de las Gemínidas, la lluvia de estrellas más atractiva del año por la gran actividad. La luna está desaparecida, nueva. En este instante, en fracciones diminutas de tiempo, varias Gemínidas caen iluminando la estancia de luz.

Será posible que nunca quiera estar sola.

UN ACERTIJO

Feelín

Te arroja, te arrulla, te sustenta, te destroza, te cura, te cuida, te vacila, te vacía, te enseña, te prueba, te reta, te contesta, te guía, te consiente, te divierte, te consuela, te llena, te ensancha, te ilumina, te libera, se deja llevar, se deja querer y también te quiere. Te quiere mucho. Es plena, es asombrosa, es tuya, es la que tú eliges. Pero al final siempre te abandona. ¿Quién es?

A DESTIEMPO

Uxío Nadie

Le conjuraron para luego y resultó que, cuando el hombre más alto del poblado llegó, era demasiado pronto. Todavía no había aparecido la jauría en el campo santo. Ahí solo, frente a una pira triangular de leños, no se meneaba ni una brizna, ni una hoja. Se vio quieto dentro de un cuadrángulo de piedras y, a sus pies, jarrones de flores secas que caían rotas.

Durante un lento parpadeo de vacío mental, repasó con parsimonia y sin prisa el entorno paralizado y le dio por plantearse si se habría equivocado de hora o de lugar. Los chotacabras levantaron el vuelo y le respondieron que no.

Ahora parecía demasiado tarde y a destiempo para ellos. Aunque veía tiritar el resplandor de sus almas al final del descampado, más allá de las escaleras del profundo y negro barranco, se había perdido la despedida de los que, en breve, él mismo convertiría en los últimos habitantes del lugar.

OTOÑO

Luis Miguel Palero

El frío helado azotaba mi cara, ya olía a otoño y las pequeñas gotas de rocío resbalaban por el cristal del coche. La persiana de Aurora ya estaba levantada. Recordaba con añoranza el sabor de aquel café que antaño hacía mi tía en la sobremesa, el chocolate con churros de la feria y aquél capuchino en la plaza de San Marcos. Hoy, sería diferente, rompería la cruel rutina y me divertiría. No soporto otro día más haciendo lo mismo de siempre, horas tras hora, minuto tras minuto, mirando el reloj para poder ser libre y disfrutar de su compañía al atardecer. Ese olor dulce, de esperanza, mezclado con una tímida sonrisa en la puerta del Sol cuando nos conocimos. Abrazos pasajeros que dan sentido a mi devenir y sin los que no merecería la pena levantarse cada mañana. El reloj marcaba las siete y un minuto. Giré la llave y puse en marcha el viejo vehículo. No podía llegar tarde de nuevo al trabajo.



OFELIA

Gema García

Suena *The Lumineers* en *Spotify*. Está echada boca arriba en la bañera, con las pupilas dilatadas fijadas en un punto del techo, donde una araña ha tejido pacientemente su red. “Swastya” se dice a sí misma, como cuando se despertaba después de una larga noche con su amante. “Swastya, vuelvo a mí. Vuelvo a mí”, se repite otra vez. No funciona. Sigue en pie, y mira su cuerpo en la bañera, como el de una Ofelia. “Swastya”. No funciona. *And I don't feel nothing at all*. Solo han pasado unos segundos y ya se arrepiente de haberlo hecho.

Hay una vela de aroma de vainilla en el taburete y una cuchilla usada. El agua está más turbia que en la obra de Millais, como el vino rosado. La sangre brota de sus muñecas, la boca está entreabierta, el cabello largo flota como los líquenes.

Se gira para mirarse en el espejo y no puede ver su rostro. Ni la marca de su aliento. No respira. No es más que un ánima.

LA CENA

Isabel Barrachina Montiel

C/Mayor, 23 – 2º piso derecha. Doña Carmen Méndez tiene la mesa puesta con 6 cubiertos. Ha sacado la vajilla de Sargadelos, la cubertería de plata y las copas de cristal de Bohemia. Hoy, como cada 2 de noviembre, sus difuntos vendrán a visitarla.



Todos, puntuales, a las 10 de la noche llegarán uno a uno.

Primero Jacinto el de las ilusiones, su primer amor...

Le sigue Agustín, el padre de su hijo Antonio.

Juan, el del mal genio... (qué poco le duró, el pobre...)

Roberto, tan bueno, el padre de su Rosa.

Y, por último, Tomás.... ¡ay! cómo le costó envenenar a éste...

Pero el placer de sentar a sus 5 maridos a cenar, no tenía precio.

MAGIA SIN TRUCOS

Sara Castellanos

Cuando la vio por primera vez, el mundo desapareció a su alrededor. Tan solo tenía ojos para ella, a pesar de sus 17 años y su amplio historial amoroso. Ella atraía su atención con aquella sonrisa perenne en su boca y aquellos ojos tan difíciles de no amar. El tiempo pasaba deprisa, pero parecía detenerse cuando se quedaban a solas. Le costó días que parecieron meses el primer beso, lo más parecido a una pequeña eternidad. Era algo a lo que no estaba acostumbrado y se deleitó en rozar sus labios sentados en la arena, a la orilla del mar. La magia terminó de hacer su hechizo, entonces, desde ese instante nunca pudo olvidarla. Podían pasar meses o años hasta que volvían a encontrarse, pues cada uno vivía en una parte diferente del planeta, pero en cada reencuentro, el reloj dejaba de hacer tic tac. Era curioso, porque nada más importaba, solo sentir lo que ellos dos sentían. El roce de sus pieles era demasiado delicioso y ambos entraban en una especie de trance que les transportaba al más allá. Curiosamente, las horas que estaban juntos pasaban más deprisa que las demás, a pesar de que parecían estar en un pequeño parón del mundo. Todo lo de alrededor se difuminaba y solo existían ellos, cuando se miraban a los ojos.

NURA

Julia Martín

El fuego central de la choza, ilumina a Nura, una muchacha muy joven. Está sentada en el suelo, sobre gruesas alfombras de vivos colores.

Canturrea mientras peina su lustroso pelo negro en dos largas trenzas. Se adorna con collares y pulseras, hechos con pequeñas conchas marinas, que tintinean acompañando a sus manos, en una alegre danza.

Sus ojos negros brillan con una secreta felicidad, iluminando su cara color canela. Está enamorada... por primera vez.



Y como el día del encuentro es el de Los Difuntos, nos inspiramos para elaborar los siguientes relatos en el cuento de **Alfonso Rodríguez Castelao** (España, 1886-1950), tomado de <https://narrativabreve.com>:

EN LA NOCHE DE LA ÚLTIMA NOVENA DE DIFUNTOS

En la noche de la última novena de difuntos, la iglesia estaba poblada de miedos. En cada vela brillaba un ánima, y las ánimas que no cabían en las velas encendidas se escondían en los sombríos rincones y, desde allí, miraban a los chiquillos y les hacían carantoñas.

Cada luz que el sacristán mataba era un ánima encendida que se deshacía en hilos de humo, y todos sentíamos el olor de las ánimas en cada vela que moría. Desde entonces, el olor a cera me trae el recuerdo de los miedos de aquella noche.

El abad cantaba un responso delante de una caja llena de huesos, y, en el momento de terminar el "paternóster", daba comienzo el llanto.

Cuatro hombres se adelantaban apartando a las mujeres enloquecidas de dolor y, con una mano, agarraban el ataúd y con la otra empuñaban un cirio encendido.

La procesión se terminaba en el osario del atrio. Los cuatro hombres llevaban el ataúd rozando el suelo, y el cirio inclinado rociaba cera encima de los huesos. Detrás seguía un enjambre de mujeres soltando gritos lastimeros, mucho más horripilantes que los de un llanto en un entierro de ahogados. Y sí las mujeres plañían, los hombres lloraban en silencio.

En aquella procesión todos tenían por qué llorar y todos lloraban. Y también lloraba Baltasara, una chiquilla criada por la caridad pública, que apareciera dentro de una cesta, al lado de un crucero, que no tenía ni padre ni madre ni por quién llorar; pero la epidemia del llanto la contagió, y también se deshacía en gemidos con todas sus fuerzas. Camino de casa, una vecina le preguntó a la chiquilla:

—¿Por quién llorabas, Baltasara?

Y ella le respondió, gímoteando:

—¿No le parece bastante desgracia no tener por quién llorar, señora?

Cousas (1926-1929)

Cosas. Los dos de siempre, trad. Alberto Minués, Madrid, Alianza, 1967, págs. 22-24.

NOCHE DE HALLOWEEN

Feelin

—Algo malo, muy malo te va a pasar esta noche —me dijo siniestra, clavándome la mirada desde el espejo. Tenía mi cara, mi voz, mi pelo, mi cuerpo... Se dio la vuelta y atravesó la baranda. Lo que no tenía era mi alma.

TODOS LOS SANTOS

Uxio Nadie

La turba compuesta por multitud de cuerpos antropomorfos andaba y ascendía. Todos juntos y pegados, con antorchas y mucho fuego. Todos los grillos murmuraban entre sí, levantando a saltos un muro de sonido continuo. Aunque les había costado decidirse, al final, todos los santos se habían atrevido a unirse en esta marcha que caminaba y avanzaba sin descanso, elevando hacia el cielo una nube de polvo y de luto.

La manada se mostraba nerviosa y animada, valiente y lanzada, pero con la fe dubitativa y flaqueando. Pensaban que habían engañado a la bestia y que la noche de las ánimas la sorprenderían desprevenida y sola para quemarla en la hoguera. Ellos, de pie frente a la lápida; ellas, sentadas.

A lo lejos, vislumbraron su descomunal figura, pero no reconocieron si les esperaba de frente o de espaldas, ni si estaban a tiempo o ya le habían salido los cuernos, las pezuñas y el rabo.

LA DESPEDIDA

Rosa M^a Torres Marino

Lo escuché desde la cama. La habitación tan solo estaba iluminada por los rayos de sol que se filtraban por la persiana formando pequeñas luciérnagas temblorosas.

No entendí la conservación, que llegaba apagada, pero algo en aquellos susurros y sobre todo la ligereza de los pasos por el corredor me puso en alerta.

Zarandeeé a mi hermana, que dormía en la cama de al lado acurrucada como un pájaro en su nido y me lanzó un manotazo, no quiso despertarse. Decidí entonces levantarme, recuerdo el frío del suelo en mis pies desnudos y como aquello aumentaba aún más la sensación de estar haciendo algo prohibido. Llegué hasta la puerta, pegué mi carita a ella y escuché...

Era la primera vez que oía llorar a mi padre, ronco, ahogando los sollozos, tratando de esconder al monstruo que debía estar comiéndoselo por dentro. Tuve mucho miedo y regresé corriendo a mi cama de la que no salí hasta que alguien vino a contarnos que el abuelo había marchado al cielo esa noche.

LA HORA DEL MUERTO

Luis Miguel Palero

Abro los ojos en la oscuridad de la noche, apenas distingo la tenue luz de las farolas colándose por la persiana de madera y una conocida angustia me invade. Siento esa mirada penetrante, maligna, que me acecha en el frío rincón. Se acerca a mí, invisible, aplasta mi pecho y me impide respirar. Me ahogo. No puedo más. El miedo se mezcla con la desesperación y desde lo más profundo de mi ser, con toda mi fuerza, lanzo un chillido ahogado. Un grito sordo que nadie puede escuchar mientras una sonrisa jadeante y burlona me amenaza. De pronto, soy consciente, estoy soñando, dentro de una pesadilla que parece real. ¿Cuánto tardaré en despertar? Está encima de mí, no puedo moverme, noto su respiración de alimaña y me aprieta cada vez más fuerte. Despierto, ahora sí, bañado en sudor, aliviado y con el corazón a punto de explotar. Miro el reloj en la mesilla, son las tres y media de la madrugada. Ya es uno de noviembre. El espejo que tengo a los pies de la cama sigue tapado tal y como lo deje al irme a dormir. Me incorporo, lo descubro, me miro y tres arañazos cubren mi mejilla izquierda. Detrás de mí me parece ver una sombra fugaz. ¿Acaso sigo soñando?



ZOMBIS

Julia Martin

Llegué hasta la casa del pantano, pasada la medianoche. Las hogueras alrededor del agua, iluminan las caras de sus pobladores. Los bongos y los cantos retumban en el agua.

La santera me indica que me siente con ella alrededor de un círculo negro pintado en el suelo. Hay velas encendidas, delineando el círculo. En el aire, un olor dulzón que afloja mis nervios.

Le entrego una foto de mi esposa muerta. Ella la coloca en el centro del círculo.

Agarra mis manos y con un movimiento rápido, me da un corte en los antebrazos con un cuchillo. Paralizado veo como la sangre cae sobre la cara de mi esposa.

La santera susurra una salmodia, mientras balancea su cuerpo. Los bongos atruenan dentro de mi cabeza. Los cantos ablandan mi cuerpo. Me disuelvo.

Un timbrazo hace que salte de mi cama. Sé que es mi esposa. Corro eufórico a abrir la puerta y en lugar de ella, me encuentro "lo que queda de ella": su cuerpo es un mero esqueleto con jirones de carne putrefacta. Su cráneo se corona con unos pocos cabellos. La cara y las manos descarnadas. Las cuencas de los ojos vacías...Grito horrorizado, una y otra vez.

HASTA SIEMPRE

Sara Castellanos

Es el primer 1 de noviembre que no estás y te echo de menos. Sabía que hacía tiempo tenías ya ganas de dejarnos, tus 89 años pesaban ya demasiado. Estabas aburrida de la vida y apenas te quedaba nada por hacer, a pesar de que te quedaste con muchas cuentas pendientes. Nunca pudiste viajar más allá de Valencia, donde vivían tus hermanas y admirabas como tu nieta cogía trenes y aviones recorriendo el mundo. Pero a ti ya no te quedaban ganas. Ni siquiera podías entretenerte ya con la tele, pues apenas la veías ni la escuchabas. De vez en cuando tu vecina bajaba a darte un poco de conversación y tu familia venía a visitarte. Adorabas verlos, pero el jaleo ya te aturullaba demasiado. El último año fue muy duro con el *covid* dando por saco.

Llegaste mucho más lejos de lo que creíste porque los kilos de más y la mala salud hacía años que te acompañaban. Por fin descansaste en paz y yo, con una pena infinita, me alegré por ti. Sabes que no soy yo de santos ni de cielos, pero te recuerdo. Echo de menos esas llamadas tuyas en las que me regañabas por llamarte tan poco y aquellos mensajes que dejabas en el contestador cuando no cogíamos el teléfono. “Sara, Sara... Nada, que no está”.

En este primer año sin ti, en este primer día de todos los Santos, ¡te pienso, abuela!

NOCHE DE ÁNIMAS

Julia Martín

Una dama vestida con una túnica blanca, camina descalza entre las sombras de la catedral. Los rizos de su larga melena lamen las frías piedras del suelo.

Se acerca a un sepulcro en el que yace la escultura de un caballero. La dama contempla con arrobamiento su rostro. Cuando la última campanada de la media noche se extingue, la dama besa los suaves y helados labios del caballero, al tiempo que susurra:

—¡Despertad amor mío!

Los párpados de piedra se abren, mostrando el vértigo insondable de la nada.

Lentamente, la figura cobra vida y los ojos, ahora sí, revelan una mirada de amor, cuando aciertan a descubrir la cara de su amada. Se besan lentamente, reconociéndose y abrazados, desaparecen en la oscuridad, un año más.



NOCHE DE DIFUNTOS

Gema García

Por ahí va “la Llorona”. Nos hemos escondido detrás de los matorrales. Solo se la puede ver una noche como esta. Está oscuro y alrededor huele a agua estancada. A lo lejos se oyen los tañidos del campanario. Dan las doce.

Por ahí va “la Llorona”. Con su falda larga raída y sus manos de esqueleto. Lleva cubierta la cabeza con un pañuelo negro y gime silenciosamente. Pasea junto al río despacio. Se detiene en la orilla de cuando en cuando sumergiendo su cuerpo en el agua hasta la cintura y removiendo el cauce. Entonces grita.

Cerramos los ojos. No debimos haber venido. Nos lo advirtieron. Mi hermana me coge de la mano y la aprieta muy fuerte. Luego la suelta Ya está. Silencio. Abro los párpados.

